

Todo Él Codiciable



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Todo Él Codiciable

Nº 1001

Sermón predicado la mañana del Domingo 23 de Julio de 1871
por Charles Haddon Spurgeon, en El Tabernáculo Metropolitano,
Newington, Londres.

“Y todo él codiciable” (1) — Cantar de los Cantares 5: 16.

Cuando el viejo ministro puritano terminaba de predicar un mensaje en el que había examinado un primer punto, y un segundo punto y un tercer punto y tal vez hasta veinticinco puntos, antes de concluir hacía usualmente un resumen exhaustivo de todo lo que había hablado. Todo aquel que prestara cuidadosa atención al resumen, podía captar la esencia del sermón. El oyente puritano consideraba siempre que el resumen era una de las ayudas más valiosas para la memoria, y por consiguiente, la recapitulación constituía para él una parte sumamente importante del discurso.

La esposa nos presenta aquí su resumen en estas cuatro palabras. Ella había pronunciado un discurso dividido en diez partes concerniente a su Señor y había descrito en detalle todas Sus diversas bellezas y, después de haberlo inspeccionado de la cabeza a los pies, resumió todos sus encomios en esta frase: “Y todo él codiciable”. Si recuerdan estas palabras y conocen su significado, poseerán la quintaesencia de la porción de la esposa en el Cantar de los Cantares.

Ahora, así como la esposa resume su testimonio con estas palabras en este cantar alegórico, así también yo puedo afirmar que todos los patriarcas, todos los profetas, todos los apóstoles, todos los confesores, sí, y el cuerpo entero de la iglesia, no nos han dejado ningún testimonio diferente. Todos ellos hablaron de Cristo y todos ellos lo encomiaron. Cualquiera que fuera el tipo, o el símbolo, o el oscuro oráculo o la clara palabra con los que dieron su testimonio, todo ese testimonio equivale a esto: “Y todo él codiciable”. Sí, y debo agregar que puesto que el canon de la inspiración ya

está cerrado, el testimonio de todos los santos ha seguido confirmando, tanto en la tierra como en el cielo, esa declaración hecha en la antigüedad. El veredicto de cada santo en particular y el del ejército íntegro de los elegidos, considerados como un cuerpo, sigue siendo éste: “Y todo él codiciable”. En medio de los suspiros y de los cánticos que se entremezclan en los lechos de agonía de los santos, oigo esta nota que se alza suprema entre todas las demás: “Y todo él codiciable”; y en medio de los cánticos limpios de gemidos que resuenan al ser entonados perpetuamente por lenguas inmortales delante de la presencia del Altísimo, oigo esta clave nota solitaria: “Y todo él codiciable”. Si la iglesia entera deseara decir con el apóstol: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es...”, no necesitaría esperar para oír un resumen conciso y exhaustivo, pues ya está expuesto delante de ella con esta frase de oro: “Y todo él codiciable”.

Al considerar mi texto bajo esa luz, sentí mucha humillación de espíritu y dudé sobre si predicar acerca de él, pues dije en mi corazón: “Es muy excelso y no podré lograrlo”. Estos textos profundos nos muestran la cortedad de nuestra plomada; estos versículos oceánicos son tan grandemente vastos que nuestros pequeños botes tienden a ser arrastrados lejos de donde podemos divisar alguna tierra y nuestros tímidos espíritus tiemblan si han de desplegar su vela. Luego yo mismo me consolé pensando que aunque no podía comprender este texto en cierta medida, ni podía pesar sus montes en las balanzas ni sus colinas en una báscula, con todo, me pertenecía por el don de la gracia divina, y por tanto, no debía tener miedo de adentrarme en su meditación. Si no puedo abarcar el océano con mi palma, sí puedo bañarme con dulce contento en él; si no puedo describir al Rey en Su hermosura, con todo, puedo contemplarlo, puesto que el viejo proverbio reza: “Un mendigo puede mirar a un príncipe”. Aunque no pretendo predicar sobre una palabra tan celestial como la que tenemos ante nosotros al nivel de poder exponer delante de todos ustedes toda su médula y su grosura, al menos espero recoger algunas cuantas migajas que caigan de su mesa. Los pobres se alegran con las migajas, y las migajas provenientes de este festín son mejores que los panes encontrados en las mesas del mundo. Es mejor tener una vislumbre de Jesús que contemplar toda la gloria de la tierra todos los días de nuestra vida. Aunque fracasáramos hablando de este tema, nos iría mucho mejor que si tuviéramos éxito con cualquier otro tema, así que debemos cobrar ánimo y

buscar la ayuda divina para acercarnos a este portentoso texto, habiéndonos quitado nuestro calzado de nuestros pies igual que Moisés lo hizo cuando vio la zarza que ardía con Dios.

Este versículo ha sido traducido de otra manera: “Él es todos los deseos”; y en verdad, Jesús lo es. Él fue el deseo de los antiguos, y Él es todavía el deseo de todas las naciones. Para Su propio pueblo Él es su todo en todo; ellos están completos en Él y son llenados con Su plenitud.

Todo lo que nuestros ávidos poderes pudieran desear,
Lo encontramos ricamente en Él.

Él es el deleite de Sus siervos y llena sus expectativas en grado sumo. Pero no disputaremos acerca de traducciones, pues, después de todo, con un texto así, tan lleno de indecible dulzura espiritual, cada individuo debe ser su propio traductor y el poder del mensaje debe abrirse paso hasta su propia alma. Un texto como éste es muy semejante al maná que caía en el desierto, del cual dicen los rabíes que sabía según el gusto de cada quien. Si el sabor en la boca de un hombre era dulzura pura, el alimento angélico que caía alrededor del campamento era tan grato como cualquier exquisitez que hubiere concebido. Sin importar lo que fuera el hombre, el maná se adaptaba a lo que era.

Así será este texto. Para ti, que tienes ideas rastreras de Cristo, las palabras sólo resbalarán por tus oídos y carecerán de sentido; pero si tu espíritu se viere embelesado con el amor precioso de Jesús, habrá cánticos de ángeles, y algo más que eso, pues oirás la voz del propio Espíritu de Dios dirigiéndose a tu alma en esta breve frase: “Y todo él codiciable”.

Yo soy un tallador esta mañana, y busco cómo poder cincelar de alguna manera esta línea celestial. ¿He de buscar para mí marfil o plata? ¿He de pedir prestado cristal u oro? Esas cosas son demasiado comunes para portar esta exclusiva inscripción; por tanto, desecho todo eso. ¿He de construir mi texto utilizando joyas, poniendo una esmeralda, un zafiro, un diamante o una perla en el lugar donde va cada letra? No, esas son unas pobres cosas perecederas: las descartamos. Yo necesito que un espíritu inmortal me sirva de bloc de notas para mi escritura; es más, tengo que descartar mi cincel y pedirle al Espíritu de Dios que se haga cargo; necesito un corazón

preparado por el Espíritu Santo, en cuyas tablas de carne esté escrita esta mañana únicamente esta frase, que ha de bastar como un legítimo y regio lema para adornarlo apropiadamente: “Y todo él codiciable”. Espíritu de Dios, encuentra al corazón preparado y escribe con Tu mano sagrada y con caracteres eternos, el amor de Cristo y todas Sus perfecciones inimitables.

Al tratar con nuestro texto esta mañana, debemos notar tres puntos de carácter, y luego debemos mostrar tres usos que pudiéramos darle provechosamente.

I. Vamos a considerar TRES PUNTOS DE CARÁCTER que son muy notorios en estas palabras, y el primero que se sugiere naturalmente es éste: las palabras son pronunciadas evidentemente por alguien que está bajo la influencia de una emoción sobrecogedora. Las palabras son un velo para el corazón más bien que un cristal a través del cual vemos sus emociones. La frase se esfuerza por expresar lo inexpressable; jadea para expresar lo indecible. La persona que escribe estas palabras siente evidentemente muchísimo más de lo que cualquier lenguaje pudiera transmitirnos. La esposa comienza más o menos calmadamente en su descripción: “Mi amado es blanco y rubio”. Procede según el orden debido comenzando por la cabeza y prosiguiendo con las diversas partes de la persona del Amado; pero se enardece, resplandece, se enciende, y al final el calor que había sido reprimido por un momento es como un fuego dentro de sus huesos que estalla en palabras llameantes. Aquí tenemos un carbón encendido tomado del altar de su corazón: “Y todo él codiciable”. Es la expresión de un alma que está completamente sobrecogida por la admiración y que, por tanto, siente que al intentar describir al Bienamado asume una tarea que está más allá de su poder. Sumida en un asombro adorador, la mente agraciada desiste de hacer una descripción y prefiere clamar en un raptó: “Y todo él codiciable”.

Siempre les ha sucedido así a los verdaderos santos: han sentido que el amor de Jesús es avasallador y embriagante. No siempre los creyentes tienen calma y son serenos en sus pensamientos relacionados con su Señor. Hay momentos cuando entran en un estado de trance, cuando sus corazones arden en su interior y están sumidos en éxtasis, y entonces se remontan con alas como de águilas y sus almas se vuelven como los carros de Aminadab

y sienten lo que no podrían expresar y experimentan lo que no podrían relatar aunque lenguas de hombres y de ángeles estuvieran perfectamente sujetas a su mandato. Los creyentes favorecidos están completamente arrobados con la visión que tienen de su Señor que es todo belleza. Ha de temerse que tales raptos no son frecuentes para todos los cristianos, aunque yo debería cuestionar gravemente la condición de la santidad de alguien que nunca haya experimentado ningún grado de un éxtasis santo; pero hay algunos santos para quienes no ha sido de ninguna manera algo inusual experimentar un estado de sobrecogedora adoración de su Señor. La comunión con Jesús no sólo ha provocado de vez en cuando un trance en ellos, sino que ha perfumado con santidad toda su vida; y si no ha ocasionado que sus rostros brillen literalmente como el rostro de Moisés, ha hecho que reluzca en sus rostros la gloria espiritual y los ha elevado por sobre sus semejantes cristianos para ser líderes del ejército de Dios, motivo por el cual los demás han admirado y se han asombrado.

Tal vez hablo con algunos hijos de Dios que saben muy poco de lo que quiero decir cuando menciono las sobrecogedoras emociones creadas por una visión de nuestro Señor; no han visto al Señor como para haber sentido que sus almas se derretían en su interior mientras hablaba con ellos el Amado; a esas personas les hablaré con doliente simpatía pues soy, ¡ay!, muy semejante a ellos, pero musitaré esta oración todo el tiempo, “Señor, revélate a nosotros, para que también nosotros nos veamos impelidos a decir: ‘Y todo él codiciable’. Muéstranos Tus manos y Tu costado hasta que lleguemos a exclamar con Tomás: ‘¡Señor mío, y Dios mío!’”

Hermanos míos, ¿les habré de explicar por qué muchos de ustedes rara vez disfrutan de la suprema bienaventuranza de la presencia de Jesús? La causa podría radicar parcialmente en algo que es, ¡ay!, demasiado común entre los cristianos: un grande grado de ignorancia de la persona del Señor Jesús. Toda alma que mira a Jesús por fe es salvada por ello. Aunque yo mirara a Cristo con un ojo borroso que siempre estuviera muy débil y nublado de lágrimas, pero si sólo lograra una vislumbre a través de nubes y de nieblas, con todo, esa visión me salvaría. Pero, ¿quién se quedaría contento con un destello de Su gloria tan pobre como ese? ¿Quién desearía ver sólo “por espejo, oscuramente”? No, mis ojos tienen que ser limpiados hasta tornarse como palomas junto a los arroyos de las aguas, para que

pueda ver a mi Señor como es visto por sus amigos íntimos y pueda cantar acerca de esas bellezas que son la luz y la corona del mismo cielo. Basta con que toques el borde del manto de Jesús, y serás salvo; pero, ¿habría de satisfacerte siempre eso? ¿No desearías ir más allá del borde y más allá del manto, y llegar a su corazón, y establecer tu residencia ahí para siempre? ¿Quién desearía ser por siempre un bebé en la gracia, con una conciencia soñadora y medio despierta y crepuscular en cuanto al Redentor?

Hermanos, sean diligentes en la escuela de la cruz pues ahí hay sabiduría perdurable. Estudien mucho a su Salvador. La ciencia de Cristo crucificado es la más excelente de las ciencias, y conocerlo a Él y el poder de Su resurrección, es conocer aquello que más vale la pena conocer. La ignorancia acerca de Jesús priva a muchos santos de esos divinos arrobamientos que transportan a otras personas fuera de sí; por tanto, debemos estar entre esos hijos de Sion que son enseñados por el Señor.

Junto a todo eso encontrarán que la falta de meditación es un serio ladrón de la riqueza de los corazones renovados. Creer en algo es, por decirlo así, ver el refrescante cristal refulgiendo en la copa; pero meditar al respecto es beber de ella. La lectura recoge los racimos y la contemplación exprime su generoso jugo. De todas las cosas, la meditación es la que más alimenta al alma cuando se combina con la oración.

En este capítulo, la esposa había meditado mucho pues de otra manera no hubiera sido capaz de hablar en detalle en relación a su Señor. ¡Oh, corazones santos, imiten su ejemplo! Piensen, hermanos míos, en nuestro Señor Jesús: Él es Dios, el Eterno, el Infinito, el siempre bendito; con todo, Él se hizo hombre por nosotros, hombre de la sustancia de Su madre, como nosotros. Mediten acerca de Su carácter sin mancha; repasen los sufrimientos que soportó en el Calvario; síganle al sepulcro y del sepulcro a la resurrección, y de la resurrección asciendan por la vía estrellada hasta Su trono triunfante. Sus almas deben meditar sobre cada uno de Sus oficios, como profeta, sacerdote y rey; consideren cada uno de los elementos de Su carácter y cada título escritural; hagan una pausa y consideren cada faceta Suya, y cuando hubieren hecho eso, vuelvan a hacer lo mismo una y otra vez. Es bueno rumiar el alimento por medio de la meditación, pues entonces llegará a sus almas la dulzura y la grosura de la verdad divina, y ustedes

estallarán con tales expresiones de arrobamiento como la del texto: “Y todo él codiciable”. En su mayoría ustedes están demasiado ocupados, tienen demasiadas cosas que hacer en el mundo; pero, ¿de qué se trata todo eso? Rascan juntos el polvo y se cubren ustedes mismos con una gruesa arcilla. ¡Oh, que estuvieran ocupados yendo en pos de las verdaderas riquezas, y que se pudieran apartar un rato para enriquecerse en la soledad, y para vigorizar sus corazones alimentándose de la persona y de la obra de su siempre bendito Señor! Se pierden de un cielo aquí abajo por perseguir ávidamente la tierra. Si arrinconan a la meditación no podrían conocer esos gozosos arrobamientos.

Otra razón por la que se discierne poco la belleza del Señor es por el bajo nivel de vida espiritual de muchos cristianos. Muchos creyentes están simplemente vivos y nada más. ¿No conoces algunas de esas almas que están medio muertas de hambre? ¡Espero que tú mismo no seas una de ellas! Los ojos de esas almas no se deleitan con las bellezas de Cristo, están ciegas parcialmente, y no pueden ver de lejos; no caminan con Jesús en el huerto de los granados y están demasiado débiles para levantarse del lecho de la debilidad; no pueden alimentarse de Cristo, su apetito ha desaparecido, lo cual es ya un signo seguro de un terrible deterioro. Para ellas no existen los escalamientos a la cumbre de Amana, ni los saltos de gozo en el templo, ni las danzas delante del arca con David; no, ser llevadas a los pies de Jesús en una ambulancia como un pobre enfermo cargado por cuatro, es todo lo que hasta ahora han recibido. Muchas personas desconocen todas estas cosas, es decir, ser fuertes en el Señor y en el poder de Su fortaleza y tener alas de águilas con las que remontarse por encima de las nubes de la tierra.

Pero amados, hay espíritus nobles mejor enseñados que conocen algo de la vida del cielo incluso mientras están aquí abajo. Que el Señor nos fortalezca con Su gracia en nuestro hombre interior, y entonces daremos sorbos más profundos de los vinos purificados, y luego también, estando abiertos nuestros ojos, veremos a Jesús más claramente y daremos un testimonio más pleno de que Él es “el más hermoso de los hijos de los hombres”.

Me temo que las visitas de Cristo a nuestras almas han sido desestimadas, y la pérdida de esas visitas no ha provocado en nosotros la correspondiente tristeza. No nos deleitamos lo suficiente en la belleza del Esposo cuando efectivamente nos visitó; cuando nuestros corazones fueron alzados de alguna manera con Su amor, nos volvimos fríos y displicentes, y entonces Él retiró Su presencia consciente; pero, ¡ay!, no nos afligimos sino que perversamente procuramos vivir sin Él. Procurar vivir sin su Salvador es una desventurada obra para cualquier creyente.

Tal vez, amados hermanos, algunos de ustedes lo han intentado hasta casi tener éxito al final. Solían lamentarse como palomas si no recibían la palabra de su Señor en la mañana, y sin la señal de amor antes de retirarse a descansar se revolcaban de un lado a otro de su lecho; pero ahora son carnales y mundanos y descuidados y están muy contentos de que así sea. Jesús oculta Su rostro, el sol se pone y, sin embargo, no es de noche para ustedes. ¡Oh, que le agradara a Dios despertarlos de su letargo y conducirlos a lamentar su triste estado! Incluso si fuera necesaria una aflicción para traerlos de regreso de su rebeldía, sería un bajo precio que pagar. ¡Despierta, oh viento del norte, con toda tu cortante fuerza, si tu aliento desolado pudiera sacudir al corazón aletargado! Que el Señor nos conceda gracia para amar de tal manera a Cristo que si no tuviéramos nuestra dosis de Él, estemos dispuestos a morir de hambre y de sed de Él. Que nunca seamos capaces de encontrar un lugar para construir nuestro nido mientras nuestras alas se aparten del árbol de la vida. Como la paloma de Noé, hemos de preferir caer al agua y ahogarnos antes que encontrar descanso para la planta de nuestro pie fuera del arca, Cristo Jesús, nuestro Salvador.

Amados, si ninguna de estas sugerencias diera en el blanco, y si no revelara la causa de por qué se sabe tan poco del extático amor a Cristo, permítanme sugerirles otra. Con mucha frecuencia los corazones de los profesantes son vanos y frívolos; están totalmente ocupados con sus negocios durante la semana. Ésto pudiera intentar ser una excusa; pero cuando tienen pequeños espacios e intervalos, son llenados con pura vanidad. Ahora, si el alma ha llegado a considerar las puras nimiedades de este mundo como lo único importante, ¿acaso es una sorpresa que sea incapaz de percibir la suma preciosidad de Cristo Jesús? ¿A quién le preocuparía el grano cuando aprecia demasiado el tamo? Y con ésto

sucedirá a menudo que la mente del profesante se vuelve orgullosa al igual que vana; no recuerda su natural pobreza y su insignificancia y, consecuentemente, no valora las riquezas de Cristo Jesús. Ha llegado a considerarse como un cristiano experimentado y establecido; se imagina que no es como uno de esos principiantes insensatos que son tan volátiles y tan fácilmente descarriables; él ha adquirido la sabiduría de años y la estabilidad de la experiencia.

Oh, alma, si te engrandecieras, Cristo sería pequeño; no podrías verle nunca sobre el trono mientras tú misma no hayas estado en el muladar. Si tú fueras algo, en esa misma proporción Cristo sería menos, pues si Él fuera todo en todo, entonces no habría espacio para ninguna otra cosa; y si tú fueras algo, habrías robado esa cantidad proporcional de la gloria de tu Señor Jesús. Permanece abatida en el polvo, pues es el lugar que te corresponde.

Entre más impactan Tus glorias mi ojos,
Más humilde yaceré.

Entre más humilde sea en mi interior, más capaz seré de ver las encantadoras bellezas de Cristo. Sólo permítanme decirles otras dos o tres palabras más.

1. Yo creo que los santos más felices son aquellos que están más sobrecogidos por un sentido de la grandeza, de la bondad y de la preciosidad de Cristo. Yo creo que los santos más útiles, también, son los que están en la iglesia cristiana como una torre fuerte. Yo oro pidiendo que ustedes y yo, caminando con Dios por fe, tengamos con frecuencia nuestros días festivos, nuestras épocas notables cuando Él nos bese especialmente con los besos de Su amor, y demos sorbos más grandes de Su amor que es mejor que el vino. ¡Oh!, ser transportados de inmediato con la manifestación divina del ‘señalado entre diez mil’, de tal manera que nuestras almas clamen arrobadas: “Y todo él codiciable”. Esta es una característica del texto que es transferible a nosotros.

2. Una segunda característica que es muy manifiesta sobre la superficie del versículo, es ésta: aquí encontramos un afecto indiviso. “Todo él codiciable”. Noten que estas palabras contienen un mundo de significado,

pero primordialmente nos dicen ésto: que para el verdadero santo, Jesús es único en el mundo. “Todo él codiciable”; entonces no hay hermosura en ninguna otra parte. Es como si la esposa sintiera que Cristo ha acaparado toda la hermosura y todo lo que es digno de amor en el universo entero. ¿Quién entre nosotros diría que se equivoca? ¿Acaso no es Jesús digno de toda la admiración y del amor de todos los seres inteligentes? Pero, ¿acaso no podremos amar a nuestros amigos y parientes? Sí, pero en Él, y en subordinación a Él; entonces, y sólo entonces, es seguro amarlos a ellos. ¿Acaso no dijo nuestro propio Señor: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí”? Sí, y en otro lugar lo expresó todavía más contundentemente, pues dijo: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre” —o si no los ama en absoluto en comparación conmigo— “y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”. Si todo eso no es puesto en una escala inferior en relación a donde está colocado Jesús, no podemos ser Sus discípulos. Cristo debe ser monarca en nuestro pecho; nuestros seres queridos pueden sentarse junto a Su escabel, y podemos amarlos por causa Suya, pero sólo Él debe llenar el trono de nuestros corazones. Yo podría ver excelencias en mis hermanos cristianos, pero no debo olvidar que no habría ninguna excelencia en ellos si no derivaran de Él; no debo olvidar que la belleza de ellos es sólo una parte de Su belleza, pues Él la obró en ellos por Su propio Espíritu. Debo reconocer que Jesús es el monopolizador de toda la belleza, el acaparador de todo lo que es admirable en el universo entero; y por tanto, debo darle todo mi amor, pues es “todo él codiciable”.

Además, nuestro texto significa que en Jesús debe encontrarse la hermosura de todo tipo. Si hubiere cualquier cosa digna del amor de un espíritu inmortal, debe ser vista en abundancia en el Señor Jesús. Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, todo puede encontrarse sin medida en Cristo Jesús. Así como todos los ríos se juntan en el mar, así todas las bellezas se unen en el Redentor. Si toman el carácter de cualquier hombre agraciado encontrarán alguna medida de hermosura, pero tiene sus límites y sus mezclas. Pedro posee muchas virtudes, pero cuenta con muchas fallas. Juan también, sobresale, pero en ciertos puntos es deficiente; pero nuestro Señor trasciende a todos Sus santos en ésto, pues todas las virtudes humanas y

todas las divinas están armoniosamente combinadas en Él. Él no es esta flor o aquella, sino que es el Paraíso de la perfección. Él no es una estrella aquí o una constelación ahí, sino que es el cielo entero de estrellas, es más, Él es el cielo de los cielos; Él es todo lo que es hermoso y amable condensado en uno.

Además, cuando el texto dice que Jesús es “todo él codiciable”, declara que es hermoso desde todos Sus ángulos. Sucede generalmente que para el más noble edificio hay una infortunada perspectiva desde la cual la arquitectura pareciera mostrar una desventaja; la pieza más selecta de artesanía pudiera no estar igualmente completa en todas direcciones; el mejor carácter humano es deformado por un defecto, si no lo fuera por más de uno; pero en relación a nuestro Señor todo es hermoso, considerándolo de la manera que quieran. Lo pueden contemplar desde cualquier punto y sólo encontrarán una nueva confirmación del enunciado de que “todo Él es codiciable”. Como Dios eterno antes que el mundo fuera hecho, los ángeles lo amaban y lo adoraban; como el bebé en Belén o como el hombre en Betania; caminando sobre el mar o clavado en la cruz; en Su sepulcro, muerto y enterrado, o triunfante sobre Su trono; ascendiendo como un precursor, o descendiendo una segunda vez para juzgar al mundo en justicia; en Su vergüenza, despreciado y escupido, o en Su gloria, adorado y amado; con las espinas alrededor de Su frente y los clavos perforando Sus manos, o con las llaves de la muerte y del infierno colgadas y meciéndose de Su cinturón; véanlo como quieran, y donde quieran, y cuando quieran, “todo él codiciable”. Bajo todos los aspectos, y en todos los oficios y relaciones, en todo tiempo y en toda época, bajo todas las circunstancias y condiciones, en cualquier parte, en todo lugar, “Todo él es codiciable”.

Él no es repugnante en lo absoluto; el encomio elimina esa idea; si Él es “todo codiciable”, ¿dónde podrías encontrar espacio para la deformidad? Cuando Apeles pintó a Alejandro, colocó el dedo del monarca sobre una desagradable cicatriz que quedaba a la vista; pero no hay cicatrices que ocultar cuando retratas el rostro de Emanuel. Nosotros decimos acerca de nuestro país —¿y quién de nosotros no lo diría?— “A pesar de todos sus defectos lo amamos”; pero nosotros amamos a Jesús, y no descubrimos ninguna presión que obligue a nuestro corazón, pues no tiene ninguna traza de ningún defecto. No hay ninguna necesidad de disculpas por Jesús; no se

requieren excusas para Él. Pero, ¿qué es eso que veo sobre Su hombro? Es una áspera y dura cruz, y si le sigo debo cargar esa cruz por Él. ¿Es desagradable esa cruz? ¡Oh, no!, Él es todo codiciable, incluyendo la cruz y todo. Sin importar lo que implique ser un cristiano, nosotros tenemos por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios. El mundo puede honrar a un Cristo a medias, pero no reconocería a un Cristo íntegro. El ‘sociniano’ de ojos de murciélago dice: “Yo admiro al hombre Cristo, pero no voy a adorar a Jesús el Dios”. Para él la palabra eterna no es sino hermosa a medias, si es que es hermosa del todo. Algunos aceptarán a Cristo el modelo, pero no querrán aceptarlo como el sacrificio vicario por el pecado, como el sustituto por los pecadores. Muchos aceptarán a Cristo en zapatillas de plata —la religión de mi señor el arzobispo— pero no querrían prestar atención al Evangelio proclamado por un pobre metodista agraciado, ni consideran que valga la pena unirse a la muchedumbre de iletrados cuyos devotos cánticos se alzan de la plaza del pueblo. ¡Ay, cuánto vemos de las cruces de oro y marfil, pero cuán poco aman los hombres en verdad la humilde cruz de Jesús!

Hermanos, nosotros pensamos que Jesús es “todo él codiciable” incluso en la pobreza, o cuando cuelga desnudo en la cruz, abandonado y condenado. Vemos una indecible belleza en Jesús en el sepulcro, muy bello con la palidez de la muerte. Jesús herido en Su calcañar por la serpiente antigua es, no obstante, apuesto. Su amor por nosotros lo hace por siempre “blanco y rubio” a nuestros ojos. Nosotros le adoramos en cualquier parte y en todas partes y en cualquier lugar, pues sabemos que este mismo Cristo cuyo calcañar fue herido, herirá a la serpiente en la cabeza, y Aquel que estuvo desnudo por causa nuestra, ahora está revestido de gloria. Nosotros sabemos que quien fue despreciado y desechado es también Rey de reyes y Señor de señores, el “Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”. “Y todo él codiciable”. No hay defectos en Él.

El texto quiere que sepamos que Jesús es codiciable en el más sumo grado; no dice: codiciable positivamente, pero que falla luego comparativamente, sino codiciable superlativamente, en el sentido más excelso posible. Pero dejo ésto para que sus corazones reflexionen al respecto. Voy a concluir este punto diciendo que cada hijo de Dios reconoce que Cristo Jesús es completamente codiciable para toda su persona. Él es

codiciable para mi juicio; pero muchas cosas lo son, y sin embargo no son codiciables para mis afectos; sé que son correctas, y sin embargo, no son agradables; pero Jesús es tan codiciable para mi corazón como para mi cabeza, es tan amado como es bueno. Él es codiciable para mis esperanzas; ¿acaso no están todas en Él? ¿Acaso no es ésta mi expectativa: verle tal como es? Pero Él es codiciable también para mi memoria: ¿no me sacó de la red? Codiciable para todos mis poderes y todas mis pasiones, mis facultades y sentimientos. Tal como lo expresó David: “Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo”, es decir, el hombre integral va en pos de la totalidad del Salvador; el Salvador íntegro es dulce e inexpresablemente precioso para el ser entero del hombre. Que así sea con ustedes y conmigo. Pero, ¿acaso es así? ¿No entronizan ídolos en sus corazones? Hombres de Dios, ¿no necesitan tomar el flagelo de cuerdas cortas para limpiar de impurezas el templo de sus almas esta mañana? ¿Acaso no hay compradores y vendedores donde sólo debería estar Cristo? Oh, anhelamos amarlo enteramente, y amarlo a Él únicamente, de tal manera que no tengamos ojos para ninguna otra belleza, ni ningún corazón para otros seres codiciables puesto que Él llena nuestras almas y para nosotros es “todo él codiciable”.

3. La tercera característica del texto es aquella a la cual quisiera llamar mayormente su atención, y se trata de la devoción ardiente. Llamo al texto: ‘un carbón encendido tomado del altar’, y seguramente lo es. Sería una misericordia indecible si cayera en nuestros corazones y los hiciera arder. La devoción ardiente despide llamas en esta frase. Es el lenguaje de alguien que siente que ninguna emoción podría ser demasiado profunda cuando Jesús mueve el corazón. ¿Acaso te reprende alguien y te dice que piensas demasiado en tu religión? No puede ser; eso no puede ser. Si el celo de la casa de Dios nos consumiera hasta no llegar a tener ninguna existencia excepto para la gloria del Señor, no habríamos ido demasiado lejos. Si hubiera un correspondiente conocimiento para balancearlo, no podría haber demasiado celo por Dios. La expresión proviene de alguien cuyo corazón es como un horno, del cual el amor es el fuego. “Todo él codiciable”, es la exclamación de alguien que siente que ningún lenguaje es demasiado fuerte para encomiar al Señor. La esposa rebuscó en toda la lengua hebrea tratando de encontrar una expresión intensa, y nuestros traductores saquearon la lengua inglesa en busca de alguna palabra precisa, y lo han expresado de

una manera muy intensa: “Todo él codiciable”. No hay temor de alguna exageración cuando se habla de Cristo; las hipérboles son sólo sobrias verdades cuando describimos Sus excelencias.

Hemos oído hablar de un retratista que debía su popularidad al hecho de que nunca pintaba fielmente, sino que siempre daba un toque halagador o hasta dos; aquí tenemos a alguien que desafiaría su arte, pues es imposible lisonjear a Jesús. Manos a la obra, ustedes, hombres de elocuencia, no escatimen ningún color pues nunca podrían retratarlo demasiado arriesgadamente. Traigan sus arpas, ustedes, serafines; canten en voz alta, ustedes que han sido lavados con sangre; todas sus alabanzas se quedan cortas de la gloria que le es debida.

Éste es el lenguaje de alguien que siente que ningún servicio sería demasiado grande cuando se le presta al Señor. Yo desearía que sintiéramos lo mismo que sentían los apóstoles y mártires y los santos de tiempos antiguos: que Jesucristo ha de ser servido al nivel más excelso y más intenso. Nosotros hacemos poco, demasiado poco: ¿qué pasaría si dijera que no hacemos prácticamente nada por nuestro amado Señor y Maestro en nuestros días? El amor de Cristo no nos constriñe como debería hacerlo. Pero los hombres de antaño soportaron pobreza y enfrentaron reproche, marcharon agotadoras leguas, atravesaron tempestuosos mares, enfrentaron peligros de ladrones y de hombres crueles, todo ello para plantar la cruz en tierras en las que Jesús no era conocido todavía; los cristianos de los primeros tiempos realizaban arduos trabajos que eran para ellos como asuntos diarios de rutina pero que hoy en día no podrían esperarse de los hombres. ¿Acaso es Cristo menos codiciable, o es Su iglesia menos leal? Quiera Dios que la iglesia lo estime al nivel debido, pues entonces retornaría a su anterior modelo de servicio.

Hermanos, necesitamos sentir, y vamos a sentir —si este texto se grabara profundamente en nuestros corazones— que ningún don es demasiado grande para Cristo, aunque le diéramos todo lo que tenemos, y le consagráramos todo nuestro tiempo y nuestra habilidad y le sacrificáramos nuestras propias vidas. Ningún sufrimiento es demasiado grande para ser soportado por causa del Crucificado, y es un grande gozo ser reprochado por causa de Cristo. “Y todo él codiciable”.

Entonces, alma mía, te exhorto a que no consideres difícil ninguna cosa a la que te llame, ni consideres dolorosa ninguna cosa que Él te pida que soportes. Así como el caballero de antaño se alistaba en las Cruzadas, y llevaba la cruz roja sobre su brazo y no temía encontrar la muerte a manos de los infieles con tal de que pudiera ser considerado un soldado del Señor, así también nosotros enfrentáramos a todos los enemigos por causa de Jesús. Necesitamos —sólo que refinado y purificado y liberado de impurezas terrenales— necesitamos el espíritu de caballería una vez más en la iglesia de Dios. Yo predicaría una nueva cruzada gustosamente: si yo tuviese la lengua de alguien semejante al eremita de tiempos antiguos para mover a toda la cristiandad, yo diría: “Este día Cristo, el todo codiciable, es deshonrado: ¿pueden soportar eso? Este día los ídolos están donde debería estar Él, siendo adorados por los hombres. Amantes de Jesús ¿pueden tolerar eso? Este día ‘el monstruo devastador’ deambula a lo largo de las calles en su ruta sangrienta, este día el Cristo de Dios es desconocido todavía para millones, y la sangre preciosa no limpia a las naciones, ¿cuánto tiempo permitirán que siga sucediendo eso? Nosotros, en Inglaterra, con diez mil corazones y con igual número de lenguas dotadas de elocuencia y con bolsas cargadas de oro, ¿habríamos de rechazar nuestros dones, y habríamos de retener nuestro testimonio y permitir que el Señor sea deshonrado? La iglesia no está haciendo casi nada por su gran Señor; es deficiente tanto en el cumplimiento de su deber como en satisfacer la perentoria necesidad de un mundo que perece.

¡Oh, anhelamos un destello del fuego celestial! ¡Oh!, ¿cuándo habrá de visitarnos de nuevo la energía del Espíritu? ¿Cuándo depondrán los hombres su egoísmo y cuándo buscarán únicamente a Cristo? ¿Cuándo abandonarán sus refriegas acerca de nimiedades para hacer causa común en torno a Su cruz? ¿Cuándo pondremos fin a nuestra propia glorificación y comenzaremos a darle la gloria a Él, incluso hasta el fin del mundo? Que Dios nos ayude en este asunto, y que encienda en nuestros corazones el viejo fuego consumidor que inflama los corazones y que debe hacer que los hombres vean que Jesús es todo en todo para nosotros.

II. De esta manera les he mostrado las características del texto, y ahora deseo USARLO DE TRES MANERAS PARA PROPOSITOS PRÁCTICOS. Como el tiempo vuela, debemos usarlo brevemente.

Cristianos, la primera palabra es para ustedes. Aquí tenemos una instrucción muy dulce. El Señor Jesús es “todo él codiciable”. Entonces si yo quiero ser codiciable, he de ser como Él, y el modelo para mí, como cristiano, es Cristo. ¿Han notado cuán mal escriben los muchachos al fondo de las páginas en sus cuadernos de escritura? La muestra está en la parte superior; y al escribir la primera línea, los muchachos están atentos a ella; para la segunda línea, copian su propia imitación; para la tercera línea, copian su imitación de su imitación, y así la escritura se torna peor y peor conforme descende en la página.

Ahora, los apóstoles siguieron a Cristo; los primeros padres imitaron a los apóstoles; los siguientes padres copiaron a los primeros padres, y así, la norma de santidad decayó terriblemente, y ahora somos demasiado propensos a seguir a las heces y los sedimentos del cristianismo, y pensamos que si somos casi tan buenos como nuestros pobres ministros o líderes imperfectos de la iglesia, que lo haremos bien y mereceremos la alabanza.

Pero ahora, hermanos míos, cubran las meras copias e imitaciones, y vivan viendo la primera línea. Copien a Jesús: “Él es todo codiciable”; y si pueden escribir según el modelo de la primera línea, escribirán siguiendo el modelo más veraz y el mejor del mundo. Necesitamos tener el celo de Cristo, pero hemos de balancearlo con Su prudencia y discreción; hemos de buscar tener el amor de Cristo por Dios, y hemos de sentir Su amor por los hombres, Su perdón de la injuria, su gentileza de expresión, Su incorruptible veracidad, Su mansedumbre y humildad, Su completa abnegación y Su entera consagración a los asuntos de Su Padre.

Oh, que poseyéramos todo ésto, pues pueden estar seguros de que, sin importar cuál otro modelo seleccionáramos, habríamos cometido un error; no estaríamos siguiendo el verdadero modelo clásico del artista cristiano. Nuestro modelo maestro es “Todo él codiciable”. ¡Cuán dulce es pensar en nuestro Señor en Su doble aspecto como nuestro modelo y como nuestro Salvador! La fuente que estaba en el templo era de bronce. En ella los sacerdotes lavaban sus pies siempre que ofrecían sacrificios. De igual manera Cristo nos purifica del pecado. Pero la tradición sostiene que esta fuente estaba hecha de un bronce muy reluciente y que funcionaba como un

espejo, de tal manera que con la frecuencia que los sacerdotes se acercaban a ella podían ver continuamente sus propias manchas. Oh, cuando vengo a mi Señor Jesús, no sólo me deshago de mis pecados en cuanto a su culpa, sino que veo mis manchas a la luz de Su carácter perfecto, y entonces soy humillado y enseñado a seguir en pos de la santidad.

El segundo uso que le daremos al versículo es éste: aquí tenemos una muy delicada censura para algunos de ustedes. Aunque sea muy delicada, les imploro que dejen que penetre profundamente en sus corazones. Ustedes no ven la humildad de Cristo, aunque “Todo Él es codiciable”. Ahora, yo no voy a decir ninguna palabra dura pero voy a decirles cuán aflictivamente ustedes son criaturas dignas de lástima.

Yo oigo una música encantadora que pareciera ser más algo proveniente del cielo que de la tierra; es uno de los oratorios semiinspirados de Händel. Por allá se sienta un hombre que dice: “No oigo nada que sea digno de encomio”. Él no tiene el poder de percibir la inherente dulzura, las deliciosas armonías de sonidos. ¿Acaso lo culpan? No, pero ustedes que tienen un oído para la música, dicen: “¡Cómo lo compadezco; se pierde de la mitad del gozo de la vida!”

Además, aquí tenemos un glorioso paisaje con colinas y valles, y ríos que fluyen, y lagos extensos y prados ondulantes. Traigo al mirador a un amigo, a quien quiero complacer, y le pregunto: “¿acaso no es una escena encantadora?” Volteando a verme, me responde: “No veo nada”. Percibo que no puede disfrutar de aquello que es tan deleitable para mí; tiene un poco de vista, pero únicamente ve lo que está muy cerca, y está ciego para todo lo que está más allá. Ahora, ¿acaso lo culpo? O si procediera a argumentar conmigo y dijera: “Eres muy necio por ser tan entusiasta acerca de un paisaje inexistente, se trata simplemente de tu excitación”, ¿debería argumentar con él? ¿Debería enojarme con él? No, antes bien derramaría una lágrima, y diría en un susurro: “Grandes son las pérdidas de los ciegos”.

Ahora, ustedes que nunca han oído música en el nombre de Jesús, deben ser compadecidos grandemente pues su pérdida es sustancial. Ustedes, que nunca vieron belleza en Jesús y que no la verán nunca jamás, necesitan de todas nuestras lágrimas. ¡No amar a Cristo ya es un suficiente infierno! No estar enamorado del Cristo de Dios es el abismo más bajo del Tártaro y su

llama más voraz. No hay cielo que sea más cielo que amar a Cristo y ser como Él, y no hay infierno que sea más infierno que no ser semejante a Cristo y no querer ser como Él, sino incluso sentir aversión por las infinitas perfecciones del “todo codiciable”. Que el Señor abra esos ojos ciegos de ustedes, y destape esos oídos sordos, y les dé una vida nueva y espiritual, y entonces se unirán al coro que dice: “Y todo él codiciable”.

El último uso del texto es el de un tierno atractivo. “Y todo él codiciable”. ¿Dónde estás tú esta mañana, tú que estás convencido de pecado y de que necesitas un Salvador? ¿Adónde te has metido? ¿Te has ocultado donde mis ojos no pueden verte? De cualquier manera, deja que este dulce pensamiento llegue a ti. No necesitas tener miedo de venir a Jesús, pues “Él es todo codiciable”. No dice que es todo terrible; esa es una idea equivocada que tienes de Él; no dice que sea de alguna manera codiciable y que algunas veces está dispuesto a recibir a un cierto tipo de pecador; antes bien dice: “todo él codiciable”, y por tanto, Él está siempre dispuesto a darle la bienvenida, si viniera a Él, al más vil de los viles. Piensen en Su nombre. Es Jesús: el Salvador. ¿No es eso codiciable? Piensen en Su obra. Él ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido. Ésta es Su ocupación. ¿No es eso codiciable? Piensen en lo que ha hecho. Él ha redimido nuestras almas con sangre. ¿No es eso codiciable? Piensen en lo que está haciendo. Él está intercediendo delante del trono de Dios por los pecadores. Piensen en lo que está dando en este momento: Él es exaltado en lo alto para dar arrepentimiento y remisión de pecados. ¿No es eso codiciable? Bajo cualquier aspecto Cristo Jesús es atractivo para los pecadores que lo necesitan. Vengan, entonces, vengan y sean bienvenidos, no hay nada que los mantenga alejados, y más bien todo los invita a venir. Que este propio día domingo en que he predicado a Cristo, y lo he puesto en alto, sea el día en que habrán de ser atraídos a Él, para no apartarse jamás de Él, sino para ser Suyos por los siglos de los siglos. Amén.



(1) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Cantar de los Cantares de Salomón [copiado más abajo]. [\[volver\]](#)

Cantares 1

La esposa y las hijas de Jerusalén

1 Cantar de los cantares, el cual es de Salomón.
2 !!Oh, si él me besara con besos de su boca!
Porque mejores son tus amores que el vino.
3 A más del olor de tus suaves ung:uentos,
Tu nombre es como ung:uento derramado;
Por eso las doncellas te aman.
4 Atráeme; en pos de ti correremos.
El rey me ha metido en sus cámaras;
Nos gozaremos y alegraremos en ti;
Nos acordaremos de tus amores más que del vino;
Con razón te aman.
5 Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero codiciable
Como las tiendas de Cedar,
Como las cortinas de Salomón.
6 No reparéis en que soy morena,
Porque el sol me miró.
Los hijos de mi madre se airaron contra mí;
Me pusieron a guardar las viñas;
Y mi viña, que era mía, no guardé.
7 Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,
Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía;
Pues ¿por qué había de estar yo como errante
Junto a los rebaños de tus compañeros?
8 Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,
Ve, sigue las huellas del rebaño,
Y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.

La esposa y el esposo

9 A yegua de los carros de Faraón
Te he comparado, amiga mía.
10 Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
Tu cuello entre los collares.
11 Zarcillos de oro te haremos,
Tachonados de plata.
12 Mientras el rey estaba en su reclinatorio,
Mi nardo dio su olor.
13 Mi amado es para mí un manojito de mirra,
Que reposa entre mis pechos.
14 Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadi
Es para mí mi amado.
15 He aquí que tú eres hermosa, amiga mía;
He aquí eres bella; tus ojos son como palomas.
16 He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce;
Nuestro lecho es de flores.
17 Las vigas de nuestra casa son de cedro,
Y de ciprés los artesonados.

Cantares 2

1 Yo soy la rosa de Sarón,
Y el lirio de los valles.
2 Como el lirio entre los espinos,
Así es mi amiga entre las doncellas.
3 Como el manzano entre los árboles silvestres,
Así es mi amado entre los jóvenes;
Bajo la sombra del deseado me senté,
Y su fruto fue dulce a mi paladar.
4 Me llevó a la casa del banquete,
Y su bandera sobre mí fue amor.
5 Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas;
Porque estoy enferma de amor.
6 Su izquierda esté debajo de mi cabeza,
Y su derecha me abraza.
7 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,

Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera.
8 !!La voz de mi amado! He aquí él viene
Saltando sobre los montes,
Brincando sobre los collados.
9 Mi amado es semejante al corzo,
O al cervatillo.
Helo aquí, está tras nuestra pared,
Mirando por las ventanas,
Atisbando por las celosías.
10 Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.
11 Porque he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
12 Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
13 La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.
14 Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo
escondido de escarpados parajes,
Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz;
Porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.
15 Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a
perder las viñas;
Porque nuestras viñas están en cierne.
16 Mi amado es mío, y yo suya;
El apacienta entre lirios.
17 Hasta que apunte el día, y huyan las sombras,
Vuélvete, amado mío; sé semejante al corzo, o como el
cervatillo
Sobre los montes de Beter.

Cantares 3

El ensueño de la esposa

1 Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé.
2 Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad;
Por las calles y por las plazas
Buscaré al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé.
3 Me hallaron los guardas que rondan la ciudad,
Y les dije: ¿Habéis visto al que ama mi alma?
4 Apenas hube pasado de ellos un poco,
Hallé luego al que ama mi alma;
Lo así, y no lo dejé,
Hasta que lo metí en casa de mi madre,
Y en la cámara de la que me dio a luz.
5 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera.

El cortejo de bodas

6 ¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo,
Sahumada de mirra y de incienso
Y de todo polvo aromático?
7 He aquí es la litera de Salomón;
Sesenta valientes la rodean,
De los fuertes de Israel.
8 Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra;
Cada uno su espada sobre su muslo,
Por los temores de la noche.
9 El rey Salomón se hizo una carroza
De madera del Líbano.
10 Hizo sus columnas de plata,
Su respaldo de oro,
Su asiento de grana,
Su interior recamado de amor

Por las doncellas de Jerusalén.

11 Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón
Con la corona con que le coronó su madre en el día de su
desposorio,
Y el día del gozo de su corazón.

Cantares 4

El esposo alaba a la esposa

1 He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú
eres hermosa;

Tus ojos entre tus guedejas como de paloma;

Tus cabellos como manada de cabras

Que se recuestan en las laderas de Galaad.

2 Tus dientes como manadas de ovejas trasquiladas,

Que suben del lavadero,

Todas con crías gemelas,

Y ninguna entre ellas estéril.

3 Tus labios como hilo de grana,

Y tu habla hermosa;

Tus mejillas, como cachos de granada detrás de tu velo.

4 Tu cuello, como la torre de David, edificada para armería;

Mil escudos están colgados en ella,

Todos escudos de valientes.

5 Tus dos pechos, como gemelos de gacela,

Que se apacientan entre lirios.

6 Hasta que apunte el día y huyan las sombras,

Me iré al monte de la mirra,

Y al collado del incienso.

7 Toda tú eres hermosa, amiga mía,

Y en ti no hay mancha.

8 Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía;

Ven conmigo desde el Líbano.

Mira desde la cumbre de Amana,

Desde la cumbre de Senir y de Hermón,

Desde las guaridas de los leones,

Desde los montes de los leopardos.
9 Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía;
Has apresado mi corazón con uno de tus ojos,
Con una gargantilla de tu cuello.
10 !!Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía!
!!Cuánto mejores que el vino tus amores,
Y el olor de tus ung:uentos que todas las especias
aromáticas!
11 Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;
Miel y leche hay debajo de tu lengua;
Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.
12 Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía;
Fuente cerrada, fuente sellada.
13 Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves,
De flores de alheña y nardos;
14 Nardo y azafrán, caña aromática y canela,
Con todos los árboles de incienso;
Mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas.
15 Fuente de huertos,
Pozo de aguas vivas,
Que corren del Líbano.
16 Levántate, Aquilón, y ven, Austro;
Soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas.
Venga mi amado a su huerto,
Y coma de su dulce fruta.

Cantares 5

1 Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía;
He recogido mi mirra y mis aromas;
He comido mi panal y mi miel,
Mi vino y mi leche he bebido.
Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados.

El tormento de la separación

2 Yo dormía, pero mi corazón velaba.
Es la voz de mi amado que llama:
Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía,
Porque mi cabeza está llena de rocío,
Mis cabellos de las gotas de la noche.
3 Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir?
He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar?
4 Mi amado metió su mano por la ventanilla,
Y mi corazón se conmovió dentro de mí.
5 Yo me levanté para abrir a mi amado,
Y mis manos gotearon mirra,
Y mis dedos mirra, que corría
Sobre la manecilla del cerrojo.
6 Abrí yo a mi amado;
Pero mi amado se había ido, había ya pasado;
Y tras su hablar salió mi alma.
Lo busqué, y no lo hallé;
Lo llamé, y no me respondió.
7 Me hallaron los guardas que rondan la ciudad;
Me golpearon, me hirieron;
Me quitaron mi manto de encima los guardas de los muros.
8 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, si halláis a mi
amado,
Que le hagáis saber que estoy enferma de amor.

La esposa alaba al esposo

9 ¿Qué es tu amado más que otro amado,
Oh la más hermosa de todas las mujeres?
¿Qué es tu amado más que otro amado,
Que así nos conjuras?
10 Mi amado es blanco y rubio,
Señalado entre diez mil.
11 Su cabeza como oro finísimo;
Sus cabellos crespos, negros como el cuervo.
12 Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas,
Que se lavan con leche, y a la perfección colocados.

13 Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como
fragantes flores;
Sus labios, como lirios que destilan mirra fragante.
14 Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos;
Su cuerpo, como claro marfil cubierto de zafiros.
15 Sus piernas, como columnas de mármol fundadas sobre
basas de oro fino;
Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros.
16 Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable.
Tal es mi amado, tal es mi amigo,
Oh doncellas de Jerusalén.

Cantares 6

Mutuo encanto del esposo y de la esposa

1 ¿A dónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de todas
las mujeres?
¿A dónde se apartó tu amado,
Y lo buscaremos contigo?
2 Mi amado descendió a su huerto, a las eras de las especias,
Para apacentar en los huertos, y para recoger los lirios.
3 Yo soy de mi amado, y mi amado es mío;
El apacienta entre los lirios.
4 Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsá;
De desear, como Jerusalén;
Imponente como ejércitos en orden.
5 Aparta tus ojos de delante de mí,
Porque ellos me vencieron.
Tu cabello es como manada de cabras
Que se recuestan en las laderas de Galaad.
6 Tus dientes, como manadas de ovejas que suben del
lavadero,
Todas con crías gemelas,
Y estéril no hay entre ellas.
7 Como cachos de granada son tus mejillas
Detrás de tu velo.

8 Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas,
Y las doncellas sin número;
9 Mas una es la paloma mía, la perfecta mía;
Es la única de su madre,
La escogida de la que la dio a luz.
La vieron las doncellas, y la llamaron bienaventurada;
Las reinas y las concubinas, y la alabaron.
10 ¿Quién es ésta que se muestra como el alba,
Hermosa como la luna,
Esclarecida como el sol,
Imponente como ejércitos en orden?
11 Al huerto de los nogales descendí
A ver los frutos del valle,
Y para ver si brotaban las vides,
Si florecían los granados.
12 Antes que lo supiera, mi alma me puso
Entre los carros de Aminadab.
13 Vuélvete, vuélvete, oh sulamita;
Vuélvete, vuélvete, y te miraremos.
¿Qué veréis en la sulamita?
Algo como la reunión de dos campamentos.

Cantares 7

1!!Cuán hermosos son tus pies en las sandalias,
Oh hija de príncipe!
Los contornos de tus muslos son como joyas,
Obra de mano de excelente maestro.
2 Tu ombligo como una taza redonda
Que no le falta bebida.
Tu vientre como montón de trigo
Cercado de lirios.
3 Tus dos pechos, como gemelos de gacela.
4 Tu cuello, como torre de marfil;
Tus ojos, como los estanques de Hesbón junto a la puerta de
Bat-rabim;
Tu nariz, como la torre del Líbano,

Que mira hacia Damasco.
5 Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo;
Y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey
Suspendida en los corredores.
6 !!Qué hermosa eres, y cuán suave,
Oh amor deleitoso!
7 Tu estatura es semejante a la palmera,
Y tus pechos a los racimos.
8 Yo dije: Subiré a la palmera,
Asiré sus ramas.
Deja que tus pechos sean como racimos de vid,
Y el olor de tu boca como de manzanas,
9 Y tu paladar como el buen vino,
Que se entra a mi amado suavemente,
Y hace hablar los labios de los viejos.
10 Yo soy de mi amado,
Y conmigo tiene su contentamiento.
11 Ven, oh amado mío, salgamos al campo,
Moremos en las aldeas.
12 Levantémonos de mañana a las viñas;
Veamos si brotan las vides, si están en cierne,
Si han florecido los granados;
Allí te daré mis amores.
13 Las mandrágoras han dado olor,
Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas,
Nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado.

Cantares 8

1 !!Oh, si tú fueras como un hermano mío
Que mamó los pechos de mi madre!
Entonces, hallándote fuera, te besaría,
Y no me menospreciarían.
2 Yo te llevaría, te metería en casa de mi madre;
Tú me enseñarías,
Y yo te haría beber vino
Adobado del mosto de mis granadas.

3 Su izquierda esté debajo de mi cabeza,
Y su derecha me abraza.
4 Os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera.

El poder del amor

5 ¿Quién es ésta que sube del desierto,
Recostada sobre su amado?
Debajo de un manzano te desperté;
Allí tuvo tu madre dolores,
Allí tuvo dolores la que te dio a luz.
6 Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca
sobre tu brazo;
Porque fuerte es como la muerte el amor;
Duros como el Seol los celos;
Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama.
7 Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
Ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor,
De cierto lo menospreciarían.
8 Tenemos una pequeña hermana,
Que no tiene pechos;
¿Qué haremos a nuestra hermana
Cuando de ella se hablare?
9 Si ella es muro,
Edificaremos sobre él un palacio de plata;
Si fuere puerta,
La guarneceremos con tablas de cedro.
10 Yo soy muro, y mis pechos como torres,
Desde que fui en sus ojos como la que halla paz.
11 Salomón tuvo una viña en Baal-hamón,
La cual entregó a guardas,
Cada uno de los cuales debía traer mil monedas de plata por
su fruto.
12 Mi viña, que es mía, está delante de mí;

Las mil serán tuyas, oh Salomón,
Y doscientas para los que guardan su fruto.
13 Oh, tú que habitas en los huertos,
Los compañeros escuchan tu voz;
Házmela oír.
14 Apresúrate, amado mío,
Y sé semejante al corzo, o al cervatillo,
Sobre las montañas de los aromas.

Reina-Valera 1960